

SALVADOR CAMACHO SANDOVAL

*E*s doctor en Historia de América Latina por la Universidad de Illinois en Chicago y profesor-investigador de la Universidad Autónoma de Aguascalientes. Algunos de sus libros son *Controversia educativa entre la ideología y la fe; Bugambilias. 100 años de arte y cultura en Aguascalientes; La luz y el caracol. Estudio, lucha y placer en la universidad*, y *¡Libros sí (también rock), bayonetas no! Rebeldía política, contracultura y guerrilla, 1965-1975*. Escribe crónicas y toca la guitarra.

Mis raíces, una mirada con y sin nostalgia

*La vida no es lo que uno vivió, sino lo que recuerda,
y cómo la recuerda para contarla.*

Gabriel García Márquez, 2002

Mi padre nació en un rancho de bello nombre: “Puerta de Luna”, cerca de Teocaltiche, Jalisco. Siendo niño, siguió a su padre y a su familia de un lugar a otro en búsqueda de trabajo, como mediero o peón de hacienda. En esa constante mudanza familiar, a los hijos de don Camacho les era difícil estudiar la primaria elemental. Mi padre creció siendo un joven inteligente e inquieto, con capacidad de liderazgo, pero sin las credenciales y capacidades que podía ofrecer el mundo escolar. Prácticamente fue autodidacta y aprendió de la vida misma: experiencias dolorosas de su juventud lo hicieron madurar muy rápido y supo valorar el rostro alegre de la convivencia y el trabajo. Fue ya con mi madre cuando se vio interesado en acercarse al mundo letrado, revalorando así la educación escolar. Y no podía ser de otra manera, ella era una muy buena maestra de primaria.

Apenas saliendo de la adolescencia, mi madre, huérfana de padre desde que era una recién nacida, tuvo que trabajar, y pasó de ser catequista en el barrio de Guadalupe a profesora clandestina, cuando se crearon escuelas improvisadas del obispado como alternativa a la educación socialista que impulsaba el gobierno federal en la segunda mitad de los años treinta del siglo xx. Una vez terminadas las tensiones y dificultades de aquella época, la maestra Lupita continuó enseñando en una escuela particular hasta que contrajo matrimonio. Había ingresado a la Escuela Normal del Estado, pero abandonó sus estudios ante la necesidad de trabajar.

Desde niño vi en mis padres un gran aprecio por la educación; ellos creían, y lo demostraban cada día, que era precisamente con educación como podíamos ser mejores como

personas y “salir adelante en la vida”. A pesar de que mi padre falleció cuando sus cinco hijos éramos pequeños, todos tuvimos estudios universitarios. Volteo hacia atrás y veo que el mundo de la escuela estaba dentro de casa. Ya en la adolescencia, las artes y el deporte se sumaron a los libros. La casa hervía de amigos, fiesta y cultura: aparecía la danza flamenca, la poesía y la declamación; los rasgueos de una guitarra a todas horas; las salidas a natación, al básquetbol, al atletismo y a las artes marciales. Los amigos míos y de mis hermanos entraban a nuestra casa como si fuera la suya y mi madre siempre los recibía con generosidad.

Una vez me preguntaron por qué había elegido dedicarme a la educación. Entonces respondí, con una digresión psicoanalítica, que quizás había sido porque mi mamá era profesora y que en esto coincidía con mi padre, que, aunque no tuvo primaria o, tal vez por ello, valoraba mucho la formación escolar. Para mí, curiosamente, siendo crítico del sistema dogmático y castroante de muchas escuelas, el trabajo responsable que mi padre asumió siempre en una fábrica textil, su alegría y los valores de un hombre cabal, me permitieron diferenciar tajantemente la educación de la escolarización.

Mis hermanos y yo hemos llegado a comprender que, ciertamente, mi madre le enseñó a mi padre ciertos quehaceres del mundo escolar y, quizás, algunas “buenas formas” en el trato diario con las personas, pero también estamos convencidos de que, a su vez, mi padre le enseñó a ella, además de cocinar –como la sopa de arroz para que no se le apelmazara–, a disfrutar la música –la de Agustín Lara, por ejemplo–, así como la naturaleza en frecuentes salidas dominicales para encontrarse con el amanecer; la convivencia alegre y amorosa con sus hijos que, entonces, inquirían el mundo. En suma, le enseñaba, en su trato afectuoso y cotidiano, a disfrutar la vida y a perseguir sueños, porque, como a ella le gustaba cantar: “la vida es triste si no la vivimos con una ilusión”.

Nicaragua: arte y rebelión

*Ay cuándo, Patria,
te casarás conmigo
con ojos verdes de mar y vestido de nieve
y tendremos millones de hijos nuevos
que entregarán la tierra a los hambrientos.*

Pablo Neruda,
Las uvas y el viento, 1954

Es 1982. Yolanda y yo, junto con un pequeño grupo de amigos, nos sentamos en el pasto recién cortado del jardín de lo que fue la casa de la esposa del dictador Anastasio Somoza y ahora una Casa de Cultura en Managua, Nicaragua, para escuchar a tres grandes literatos, dos de ellos importantes en la literatura universal: Gabriel García Márquez y Julio Cortázar. Un par de años atrás, el Ejército Sandinista de Liberación Nacional (ESLN) derrotó militar, política y diplomáticamente al gobierno somocista y el país se había llenado de fiesta, pero también de mucho trabajo. Y en estas dos actividades, los jóvenes, en especial los universitarios, se habían convertido en protagonistas.

Después de la lectura de cuentos, tuvimos la oportunidad de conversar un rato con el ministro de Cultura del nuevo gobierno, el sacerdote y poeta rebelde Ernesto Cardenal. Por él supimos un poco más de los planes educativos y culturales de la revolución nicaragüense. Con la literatura quería influir en la creación del hombre nuevo, creyendo en el poder de la palabra y de la imaginación. Yo lo escuchaba atento, mientras recordaba un poema de amor cursi que había leído de él tiempo atrás: “Al perderte yo a ti, tú y yo hemos perdido: yo, porque tú eras lo que yo más amaba y tú, porque yo era el que te amaba más. Pero de nosotros dos tú pierdes más que yo: porque yo podré amar a otras como te amaba a ti, pero a ti no te amarán como te amaba yo”.

Estábamos a punto de salir de la licenciatura en Ciencias y Técnicas de la Educación y, durante los últimos semestres, Yolanda y yo nos habíamos dedicado, además de leer poesía y de interpretar canciones de protesta, a estudiar ciertas corrientes sobre la educación popular, a fundar un comité de solidaridad con El Salvador en el estado, a vincularnos con un partido de izquierda y a participar en un proyecto social coordinado por dos exsacerdotes críticos y ahora maestros universitarios que nos compartieron lecturas del pedagogo Paulo Freire y de la teología de la liberación. Participamos luego en los primeros trabajos del Instituto Nacional de Educación para Adultos (INEA) y, como universitarios, sentíamos una gran atracción por un trabajo social, político y pedagógico alternativo.

Fue así que llegamos a Managua en 1982. A mí me sorprendieron sus templos y edificios destruidos por el terremoto de 1972, que el gobierno no había reconstruido porque el dinero recolectado dentro y fuera del país había ido a parar a las arcas de la familia y los amigos de Somoza. En Managua también me llamó la atención una gran imagen del guerrillero César Augusto Sandino, en la fachada de Palacio Nacional, un líder de la resistencia nicaragüense que se había levantado en armas en contra del ejército de ocupación norteamericana en la primera mitad del siglo xx. Su lucha y su forma de pensar fueron la base para fundar, años más tarde, el FSLN. Sandino y el poeta Rubén Darío, para el nuevo gobierno sandinista, pasaron a representar la nacionalidad nicaragüense. Uno era símbolo de la lucha por la soberanía y la justicia, el otro de las libertades y la cultura; ambos eran pilares del nuevo imaginario revolucionario y verdaderos héroes para la legitimación gubernamental.

La guerra había sido cruenta, terrorífica, ¿se perdía más de lo que se ganaba? Conocí a unos niños que vendían cacahuates (maní, como allá les nombran): Francisco de 10 años y Joaquín de 11, ellos me comentaron que tuvieron que refugiarse para evitar los bombardeos y todo tipo de ataques bélicos.

Uno de ellos, a su corta edad, ayudaba a los sandinistas, era uno de los tantos “compitas” que, de una u otra manera, ayudaron a la guerrilla. Luego su mamá los tuvo que llevar a la montaña con los mismos del “Frente”, porque allá estaban más seguros que en la ciudad. Los niños identificaban al principal enemigo: “Tacho”, Anastasio Somoza Debayle, quien tuvo que abandonar su búnker ante la ofensiva final del Ejército Popular Sandinista. Así, el dictador dejó de ser, por fin, lo que decían dentro y fuera del país: “el dueño de los volcanes, de las llanuras, de los lagos, de los litorales, de la selva, de los pájaros, de los tiburones de agua dulce, de la niebla, de las reses y las piedras y los negocios y los soldados y la lluvia y de todo cuanto hay en el cielo y en la tierra de ese país”; para dejar de ser uno de los hombres más ricos del mundo, para dejar de ser amo y señor de Nicaragua.

El nuevo gobierno tuvo que hacer cambios y una de las primeras medidas fue alfabetizar y, con ello, crear identidad y lealtad a la revolución y al nuevo grupo en el poder. La participación de los jóvenes en la cruzada de alfabetización había sido muy importante y un motivo para nosotros para viajar a Nicaragua. Los universitarios nicaragienses habían sido parte de la guerrilla y muchos de ellos dieron su vida por la revolución. Al momento del triunfo, fueron muy activos en la reconstrucción del país, siendo una prioridad del nuevo gobierno ampliar y mejorar la educación para todos. Recuerdo algunas conversaciones que tuve con algunos jóvenes universitarios en la tradicional fiesta de “los pelones” que se realizaba cada año en la Universidad Nacional Autónoma de Nicaragua (UNAN-Managua), con el objetivo de dar la bienvenida a los alumnos al año académico. Entre música y baile, también hubo conversaciones sobre el compromiso social de las universidades y los universitarios para construir un proyecto alternativo de sociedad. La crítica de estos universitarios de izquierdas no sólo era contra la dictadura, sino también contra las estructuras so-

ciales y económicas que provocaban inequidad e injusticia social entre la población.

Con el paso de los años, el gobierno sandinista fue incapaz de dar respuesta a todos los retos sociales y económicos. El grupo en el poder se anquilosó y perdió rumbo, por lo que varios de sus líderes renunciaron, entre ellos Ernesto Cardenal y el vicepresidente del nuevo gobierno, el literato Sergio Ramírez. Ambos líderes tenían una reflexión ética profunda en torno a la política y un cuestionamiento severo sobre la actuación de los líderes demagogos y corruptos. No obstante estas traiciones, errores y desencantos, la esperanza de un gobierno democrático y una sociedad con justicia se mantenían. Sergio Ramírez (2007), décadas después, escribió que la lucha había valido la pena y que los sueños éticos volverían “tarde o temprano a encarnar en otra generación que habrá aprendido de los errores, las debilidades y las falsificaciones del pasado”.

Después de más de 30 años de aquella experiencia, no creo que haya valido la pena la muerte de tanto joven nicaragüense, pero la historia de las revoluciones no la construyen pequeñas voluntades individuales. En un movimiento social armado emergen utopías y esperanzas que nadie detiene, aunque luego se desvanecen frente a obstáculos irremediables. Valoro, ahora, intensamente la vida y me duele tanto la muerte de jóvenes valientes e idealistas. La revolución, que años atrás reivindicé, sigue siendo necesaria, pero debe ser pacífica, por lo que no debe caer una sola gota de sangre en la tierra. También creo que la educación debe recuperar añejos ideales que vinculen la formación de las nuevas generaciones con la construcción de una sociedad nueva, mucho mejor de la que tenemos hoy, para que, además, en palabras de Augusto César Sandino, “el sol de la libertad brille en nuestra frente”.

La papa y la vida en la luz de Van Gogh. **Un viaje con *Los campesinos comiendo papas***

“¿Cómo puede haber cansancio cuando existe la pasión?”, reza una de esas frases que pretenden alentarte a continuar el camino y no desistir hasta llegar a un destino. En nuestro caso, no había metáfora o pretensión filosófica alguna, teníamos un cansancio físico y mental en un largo viaje por carretera que inició en Barcelona y pretendía llegar a Ámsterdam. El autocaravana fue cómodo en un principio, pero luego se convirtió en una prisión de la que ya nos urgía salir. Descansamos en pueblos de Francia y contemplamos paisajes naturales para mí desconocidos y castillos que recordaban un pasado medieval, donde la opulencia y la necesidad de protección permitían una arquitectura de fantasía. Cruzamos Bélgica y Luxemburgo, pero el viaje cada vez se hacía más pesado. Recordé una frase de Confucio que ahora me parece de autoayuda, pero no estaba de más: “no importa la lentitud con la que avances, siempre y cuando no te detengas”.

Por fin, Ámsterdam, una ciudad histórica fundada por pescadores en el siglo XIII que nos recibió con sus numerosos canales emblemáticos y los miles de ciclistas manejando acelerados, pero seguros, entre automóviles, autobuses y tranvías. El bullicio parecía dar la bienvenida a un verano de música, tulipanes y jóvenes alegres que despedían la temporada del frío con colores llamativos. Sabía que esa ciudad, y prácticamente todo lo que ahora es Holanda, se había convertido en la “capital mundial de la tolerancia”, porque a ella llegaron judíos, católicos y luego protestantes que huían de sus países de origen, perseguidos por sus creencias religiosas. Como ciudad de comerciantes, Ámsterdam recibió en el pasado mercadores que llegaban por mar y por tierra con mercancías y nuevas ideas que florecieron en los mundos de la academia y las artes. En un ambiente abierto a lo diferente y plural, ya en los años sesenta

del siglo xx, junto con Londres y San Francisco, Ámsterdam se convirtió en un espacio de respeto a los homosexuales y de reivindicación de los derechos de las mujeres. Esto lo percibimos durante los pocos días que allí estuvimos. “Una ciudad sin prejuicios” parece ser un rasgo distintivo de su identidad y esto tiene que ver con una cultura de la gente que asume las libertades en su máximo esplendor, con la consigna de respetar y no perjudicar a los demás.

Había que dormir menos y conocer más, siguiendo la consigna de que “caminando se conocen las ciudades”, aunque aquí habría que agregar: “pedaleando también”. Luego paramos en una *coffee shop*, donde legal y discretamente los adultos pueden pedir marihuana, aunque, curiosamente, prohíben fumar tabaco e ingerir alcohol. A cualquier hora, pero de preferencia por la noche, era obligado asistir al mítico Barrio Rojo, donde se abrían grandes los ojos al ver a las prostitutas semidesnudas detrás de un escaparate. Ahora, como trabajadoras sexuales independientes y los recursos que ofrece la modernidad, siguen evocando un pasado de marineros inquietos que llegaban a tierra buscando descanso y diversión, para luego volver al trabajo agotador y a la vida imponente y maravillosa del mar. De estas experiencias reales y difíciles, la literatura se ha nutrido para crear grandes historias imaginadas y atractivas.

Otro día en esta ciudad, también llamada la “Venecia del norte”, entre asombros por las casas flotantes, “anfibia”, en los canales, y las historias de Holanda como un país que ha aprovechado, pero también sufrido la presencia del agua en su vida, buscamos la casa de Ana Frank, la famosa niña judía que fue perseguida por el nazismo y que en su diario mostró al mundo las atrocidades ocurridas en un momento de la historia de la humanidad que no queremos que se repita, aunque sabemos que acciones extremas de violencia siguen existiendo hoy en muchos rincones del planeta, lastimando en lo profundo nuestro corazón con la impotencia de quien se sabe insignificante

ante los poderosos. El diario que Ana escribió (o su padre, dicen algunos) se ha publicado en muchos idiomas y ahora nos recuerda las atrocidades que padecen los niños de Siria y de otros lugares donde los adultos sólo saben pelear.

De Holanda se reconocen varios filósofos, como el humanista Erasmo de Rotterdam, quien ya en el siglo xv cuestionaba los dogmas, las ceremonias religiosas y abogaba por un nuevo cristianismo. En su famoso libro *Elogio de la locura* (entendida como estulticia o tontería) critica el fanatismo y las prácticas corruptas de la Iglesia católica. En ese país también son famosos sus pintores, por ejemplo, Jheronimus Bosch (mejor conocido en español como El Bosco), quien fue famoso aún en su época (siglo xv) y reconocido como un excelente pintor que creaba figuras fantásticas y llamativas. Uno de sus famosos cuadros se expone en el Museo del Prado en Madrid: *El jardín de las delicias*, un tríptico misterioso y polémico, que hace varios años contemplé y que seguramente algún académico habrá analizado y hecho su tesis de posgrado. Más tarde del llamado siglo de oro holandés, siglo xvii, está Rembrandt, conocido como el “maestro de la luz y la sombra”, o Johannes Vermeer, quien, al igual que Van Gogh, dos siglos después, no fue reconocido sino hasta ahora, en especial por su obra maestra, *La joven con pendiente de perla*, una de las más costosas del mundo.

En una ciudad con más de 50 museos, elegimos acercarnos al Van Gogh, donde encontramos sus famosos autorretratos, girasoles y *La habitación de Arlés*. De este pintor sabía que su obra no tenía el valor que ahora le dan; por el contrario, sus pinturas no siempre eran bien recibidas y se vendían a un precio más bien bajo, por lo que le era difícil vivir como pintor. Así se lo decía a su hermano Theo, con quien mantuvo una relación muy fraternal, tal como se puede ver en las aproximadamente 900 cartas que le escribió durante 18 años, entre 1872 y 1890. De ellas se pudo conocer sobre lo que pensaba, le gustaba y también sobre aquello en lo que no estaba de acuerdo y le

frustraba. Desde París le escribió un día: “me siento triste de pensar que aún en caso de éxito, la pintura no compensará los gastos [...] me siento viejo y fracasado [...] para triunfar se necesita ambición y la ambición me parece absurda”. Por la influencia de su padre, que era un pastor calvinista, Vincent quiso ser predicador; leía la Biblia, pero también se interesaba por las ideas socialistas de la época y pintaba a obreros, campesinos y demás gente del pueblo.

Precisamente, en el museo dedicado a su obra y su vida, me detuve en un cuadro que lleva como título *Los campesinos comiendo papas*, una de sus obras maestras, aunque algo desconocida, entre las aproximadamente 900 pinturas que creó. Se trata de una obra realista que refleja la pobreza y la desesperanza de la gente que no tiene con qué alimentarse, más que con las papas que ellos cultivan, acompañadas con una taza de té. El mismo pintor, que vivió entre 1853 y 1890, escribió: “He querido poner conscientemente de relieve la idea de que esa gente que, a la luz de la lámpara, come papas sirviéndose del plato con los dedos, trabajó asimismo la tierra en la cual las papas han crecido”. Luego, concluye: “Así pues, no deseo en lo más mínimo que nadie lo encuentre ni siquiera bonito ni bueno”.

Para él, lo importante era evocar el trabajo manual y sugerir que esos campesinos merecían comer lo que honestamente y con esfuerzo se habían ganado. Quería mostrar también la miseria de aquella época, tan semejante a la que él vivía, cuando trabajaba en condiciones arduas y cuando su propio trabajo de pintor no era valorado, sino que fue hasta mucho tiempo después de haberse quitado la vida. Su obra no es “bonita ni buena”, el color sepia predomina y no hay brillo ni juego de abundantes colores, pues su propósito no era ni es otro que expresar con trazos un tanto grotescos y caricaturizados una cruda y triste realidad.

Yo seguí detenido mientras que los demás visitantes pasaban de lado. Busqué los detalles y encontré un contraste de

oscuridad y luz, donde el foco está precisamente en la luminosidad de una comida en comunión y en un tiempo detenido en el que se comparte fraternalmente lo poco que se tiene. El plato está en el centro y una mujer sirve té para todos, otro le ofrece una papa y los demás se sirven la comida con un dejo discreto y humilde de satisfacción que ofrece tan esperado momento. Son dos hombres y tres mujeres que fijan su atención en lo que hacen, sin la carga del trabajo y sus historias ni el peso de un futuro deseado que nunca llega; sólo el tiempo detenido, el reposo en un alimento compartido.

Recuerdo haber imaginado la vida de esos campesinos y valorar los lazos solidarios de la familia, que ofrecen apoyo y calor humano, porque sentir la presencia del otro nos fortalece o, por lo menos, como lo es en este cuadro, permite aminorar el dolor individual. En este caso, la obra deja ver el cansancio y, tal vez, la desilusión de las cinco personas, pero también se puede interpretar que la tristeza de todos y cada uno de los comensales no se acumula, sino que, por el contrario, disminuye. Frente a las adversidades sociales y las inclemencias de la naturaleza, estos hombres y mujeres no se dieron por vencidos, lucharon por el bienestar en sus hogares, pues propiciaron con tan endeble alimentación y la luz tenue del quinqué un momento de reposo e introspección.

También recordé un viaje a Perú en el que supe un poco más sobre la papa, que tiene un origen americano y fue llevada en el siglo XIV por los colonizadores europeos a sus países de origen, luego a África para extenderse por todo el mundo. Específicamente, su origen está en los Andes, en donde se ha encontrado la mayoría de las variedades, de las más de 4 mil que existen hoy en todo el mundo, de diferentes tamaños, formas y colores. Los incas consideran la papa alimento sagrado, ya que con su ingestión aumentaba la fertilidad y estaba protegida por los Apus, que eran los dioses de las montañas, poderosos, invencibles.

Los primeros españoles que desembarcaron en aquellos lugares de la cordillera andina en 1532, dirigidos por Francisco Pizarro, notaron que sus habitantes comían esos extraños y redondos objetos, cultivados a más de 4 mil metros de altura. Los conquistadores llevaron el tubérculo pronto a sus tierras, pero en Europa tardó tiempo para que el consumo de papa fuera aceptado. En 1596 el naturalista suizo Gaspard Bauhin la nombró *Solanum tuberosum esculentum*.

Semanas después de esta experiencia, saber de la importancia de este tesoro americano me puso a investigar. Puede ser invención o realidad, pero se comenta que, al ser llevada por los españoles a Europa, en países del norte, envueltos en un conflicto religioso, la papa fue rechazada por grupos de protestantes que creían que su consumo era dañino, de manera que la consigna curiosamente era “¡No a la papa! ¡No al papismo!”. Es verdad que los españoles fueron portadores de este producto, pero también es cierto que las papas llegaron a Inglaterra gracias a la iniciativa del famoso corsario y político *sir* Walter Raleigh, quien había hecho sus travesías atlánticas entre 1579-1580 y se interesó también por introducir el tabaco en su país de origen.

En Francia, las cosas tampoco fueron sencillas. Allí, el trabajo realizado por Antoine Parmentier fue clave, debido a que paulatinamente eliminó la idea de que la papa era venenosa o, como mínimo, dañina para el organismo. Se tuvo que convencer al rey Luis XVI de sus beneficios con el fin de que destinara tierras para su cultivo, pues se producía aún en terrenos difíciles, no obstante, alimentaría a las masas pobres del reino a bajo costo. Fue entonces que a la papa se le conoció como “manzana de tierra”. En Prusia, Federico II el Grande también fue promotor del consumo de la papa, pero él no tuvo que convencer, sino que ordenó a sus súbditos que la comieran.

Cuentan que además de los beneficios alimenticios, este tubérculo importado de América y que se cultiva desde hace aproximadamente 7 mil años, permitió reducir la violencia en algunas regiones del Viejo Continente a lo largo de casi 200 años, antes del siglo XVIII, ya que antes de que la papa se produjera y repartiera sus beneficios masivamente, bastaba una mala cosecha para provocar hambruna y, con ella, los disturbios, saqueos, sublevaciones y una violencia que las autoridades difícilmente podían controlar.

Otros productos americanos que se convirtieron en consumo común de los europeos son el cacao, la caña de azúcar, el jitomate, el tabaco, pero la “reina”, dicen algunos, es la papa. La Organización de la Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO) declaró el 2008 el Año Internacional de la Papa, como un reconocimiento a este producto alimenticio de origen andino que pudo combatir el hambre y la pobreza en el mundo. Hoy este tubérculo es el quinto cultivo más importante del mundo, después del trigo, el maíz, el arroz y la caña de azúcar. Quedó atrás aquella idea de que la papa era aterradora para algunos, desconcertante para muchos y parte de una convulsión ecológica global iniciada por Cristóbal Colón y continuada por Francisco Pizarro.

En la actualidad, hay quienes ven en la papa ese tesoro inca que podría salvarnos de la próxima gran hambruna. En una catástrofe natural –¡Dios no lo quiera!–, este producto de la tierra podría ser la solución. Su relevancia ha puesto a pensar a especialistas de la NASA en llevarla a Marte o, al menos, probar que pueda llegar a crecer en condiciones “marcianas”, ya sea en el espacio exterior o en un mundo que cada vez se parece más a una distopía extraterrestre. Frente a esta perspectiva futurista con ribetes de ciencia ficción, también, en el Parque de la Papa, los descendientes del imperio inca, en el ritual Santuruma Tinkay, “ofrecen diversos obsequios a la tierra –que van desde semillas hasta alimentos empaquetados–, mastican hojas de

coca y bailan al son del pututo, una concha de caracol marino empleada como trompeta”, e invocan a los Apus, como si el tiempo no hubiera transcurrido, para agradecerles por la producción de las papas y pedirles que haya más en el futuro inmediato.

En fin, este cuadro de Van Gogh me ha puesto a pensar en la historia y el lugar sagrado y vital que la papa ha significado para la humanidad; en lo particular, me ha parecido una obra emblemática, por su sobriedad y su elocuencia, cargada de humanismo: la vida de una familia que, en medio de la pobreza, goza de un momento de luz, expresada en el descanso y la compañía que se hace privilegiada y única, mientras se comparte un alimento nutritivo, sencillo y sagrado.



Los campesinos comiendo papas, Vincent Van Gogh.

